

otras porquerías para poder concebir una idea, luego todo un desarrollo o elaboración de la idea a través de una técnica.

Una mirada al «boom» del 72

En 1972, Ivà y Oscar protagonizaron la gran ofensiva del humor español. Lanzaron «Barrabás» al tiempo que nacía en Madrid «Hermano Lobo», y crearon luego «El Pápus», ahora premio internacionalmente por sus cómics, además de colaborar en numerosos diarios y publicaciones. Firmaban juntos sus trabajos mancomunados y fueron «vedettes» del «boom» del humor. Aportaban ambos un lenguaje popular, logrando hacer del argot y la jerga callejera un elemento más del humor. Escribían con intencionalidad y garrafales faltas de ortografía —«Para mí siempre ha sido una gozada ir metiendo haches allí donde quedaban más divertidas», dice Ivà— mientras el dibujo de Oscar entraba en la más avanzada línea expresiva del humor francés —Reiser y Wolinski, de la escuela de «Charlie Hebdo», estaban en su estilo—, e Ivà despuntaba plumas con un trazo tosco, violento y sensual (fue pionero de las «grandes narices» en los monólogos).

—En aquella época ocurrió lo que ahora ocurre en política: se enterraban los viejos humoristas colaboracionistas con el fascismo, y salía a la calle una nueva generación. También como ahora en política, hubo mucho confusiónismo: salieron los oportunistas y los que jugaron a ocultar su impotencia creadora con un, «no se deja la censura». Ahora, cuando se puede hablar claro en nuestros chistes, se les ha visto el plumero. Yo recuerdo, hace sólo cuatro años, cómo se decía que un chiste de según quién valía más que mil palabras de un artículo contra el Régimen. Mentira. Se le daba al chiste una importancia desmesurada. Muchos no hacían más que el típico, aburrido y reiterativo chiste del náufrago que siempre dice lo mismo, cambiando el disfraz del personaje. La gente quería ver más allá de donde iba el humorista y eso vanaglorió a muchos. Otros se aburguesaron rápidamente y entraron en el sistema: ahí están los que dieron con un lenguaje gracioso y ahora que se han forrado no quieren utilizarlo con la virulencia de cuando pasaban hambre. Otros, por su parte, son unos burgueses que juegan a ser «progres». Hacen chistes para irritar y contentar a las clases pudientes.

—¿Qué quedó de aquella generación que parecía nacer?

—Poca cosa porque entre los que salieron había gente muy mala. Además, se quiso dar una importancia política a un movimiento que no debía de tener nada político. La normalidad ha puesto las cosas bastante claras.

—¿Cuál fue vuestro papel?

—Nosotros nos conocimos por casualidad. Yo —dice Oscar— fui a ver a Ivà porque era el humorista que, en una lista que me dieron un buen día, aparecía como el que vivía más cerca de mi casa. Comenzamos a trabajar porque Ivà, que tenía un duro en el bolsillo, estaba encantado de venir con frecuencia a mi casa, donde le invitaban a comer constantemente. Estuvimos algunos meses sobreviviendo, hasta que nos planteamos el trabajar de verdad en el humor o meternos a camareros o vendedores ambulantes. Tuvimos la suerte, o quizá mejor: tuvieron ellos la suerte de llevar adelante nuestras ideas en una editorial. Nació «Barrabás», y empezamos a respirar como personas. En aquellos momentos, resucitábamos el lenguaje popular, pisoteando lo que se había llamado «la pureza de la lengua del Imperio».



Ivà y Oscar, la desmitificación del humor

Terriblemente sinceros, ambos dibujantes arremeten contra el halo mágico que parece rodear el humor del humor gráfico y los superlativos que se le adjudican

J. Moya-Angeler

biar las cosas de verdad es el obrero pisoteado, el que pasa hambre y el que no tiene ni un duro en el bolsillo.

Ramón Tosas, «Ivà», y Oscar Nebreda, «Oscar» son el Atila y el Diablo Cojuelo del humor español. Devastador irresistible y cortacabezas impío, el uno; escrutador de nuestros pequeños vicios y del goce de los grandes pecados para su rechichino satírico, el otro.

—Alguien nos llamó «ácratas paneuropeístas». ¡Al cuerno con las fases para quedar bien! Yo —dice Oscar— soy un humanista, un hombre que disfruta hablando con la gente de la calle, del campo, que necesita el contacto humano.

—Es la calle y el pueblo nuestra fuente de trabajo —dice Ivà—. Es mentira eso de que hay que tener inspiración para hacer un chiste o una historieta. Lo que hay que ser es observador. La inspiración es un cuento, porque, en el fondo, el humor es una cuestión de pura química y biología: más o menos adrenalina en la sangre y

—**Q**ue la gente se desencante, porque en esto del humor no hay ni artistas ni mártires ni filósofos ocultos. El humorista trabaja para vender su producto y quien quiera, que lo compre. No está obligado ni con el público ni con nadie. Y si quiere jugar a hacer política a través del humor está engañando a la gente, como se la engañó en los años de represión. El humorista no va a hacer cambiar nada, como no lo hará Santiago Carrillo. En este país, si alguien ha de cam-

temor a represalias, excepto en el caso de Cela, habla impedido que el argot de la calle usado por Arniches, por ejemplo, se reflejara a través de los medios de comunicación. La primera etapa de «Barrabás», como la primera de «El Papus», fueron apasionantes. Luego, hemos entrado en una mecánica que cada día nos dice menos.

Necesidad de ser irritados

—¿Se os acaba la vena humorística?
—No —dice Ivà—, simplemente se acaban las ganas. A mí, particularmente, me gusta la tarea creadora, llevar adelante ideas y empresas. Mejor aún, aventuras. Soy un aventurero que trata de sobrevivir.

—¿Se puede tomar en serio la vida un humorista?
—Mira, para ser humorista hay que ser un tipo que le entren ganas de reírse de todo. Que no pueda evitar el chotearse del muerto en un entierro.

—Yo —añade Oscar— tengo una posición diferente: estoy cansado de dibujar. Si hemos sido humoristas hasta ahora es simplemente porque nos han pagado bien. Hemos necesitado dinero para sobrevivir y hemos hecho nuestros chistes. Nada de altruismos. Dinero, oferta y demanda. Ahora participamos en los beneficios de la empresa, y la cuestión económica nos va muy bien, pero no hemos cambiado: somos el mismo desastre de tiempo atrás, vestimos igual, no compramos coches nuevos u olvidamos los viejos amigos. Nada ha cambiado, excepto en mi caso, que

quiero usar lo que he ganado para retirarme un día, quizá pronto, a una casa de campo. Pero retirarme para cuidar de una pequeña granja que me permita sobrevivir, no para ganar más dinero.

—¿La ciudad ahoga?
—La ciudad irrita y esto es bueno para nosotros, que necesitamos ser espoleados, atacados, para tener la mala uva que permita hacer más corrosivo nuestro humor. No podemos permitirnos ser blandos o aburguesarnos. Hay que saber repudiar el «establishment».

—El humor gráfico es un lenguaje cifrado entre su autor y el lector, ¿cuáles son las claves de vuestro estilo?

—No trabajamos sobre esquemas preconcebidos ni tenemos una clave. Simplemente conocemos el truco que hay que emplear para sorprender al lector y, por lo tanto, hacerle sonreír o disfrutar. Hay muchos dibujantes que no dominan el truco y se empeñan en querer ser humoristas. Ponen tanto entusiasmo que si su fe ciega y equivocada hubiese sido por la religión estarían en los altares.

El rayo divino no llega

El lenguaje de Ivà es directo, sin concesiones. A Ivà le gusta hablar tremendísticamente para escandalizar, como en un juego, a los timoratos. Ama los animales, los niños y los subnormales. «Me encanta la pureza de los subnormales. Son seres felices por poca cosa, que apenas sufren,

como los perritos, pero en persona. Soy muy amigo de ellos». En su gradeza física, que ronda los cien kilos de peso, se esconde un bonachón que gusta ser irrespetuoso y violento, la contraposición de la esencia de su carácter. Oscar, también rondando los cien kilos, utiliza también un lenguaje impactante basado en la sinceridad. Habitualmente, al hablar ridiculiza su entorno, incluyéndose a sí mismo en la quema. Juntos, cuando trabajan o planean sus historietas desbordan habitualmente su imaginación, elucubran sobre los temas que hay sobre la mesa y disfrutan de largos ataques de risa en el cúmulo de humoradas que se suceden en una constante incitación a la fantasía.

En la actualidad su trabajo, especialmente en «El Papus», es como un mandoble que no deja institución española o partido político en pie. Secuestros de la revista, sanciones, juicios, consejos de guerra y amenazas de muerte, se han acumulado en los últimos meses sobre sus historietas.

—Respetamos a todo el mundo como personas, pero como personajes o instituciones públicas no respetamos a nadie, es nuestro juego: Nos reímos de la religión si hace falta; el día que nos caiga un rayo divino será señal de que no podemos hacerlo, pero mientras la religión se mezcle en política y negocios y no sea una cuestión pura, iremos a por ella.

—¿Tampoco os afectan amenazas y anónimos?

—Aquí las cosas cambian: cuando hay consejos de guerra de por medio —y ahora tenemos dos— o juicios o la amenaza directa de que van a despellejarnos, se impone entonces el instinto de supervivencia. No vamos a querer ser mártires de causas estúpidas. Es decir, no vamos a jugarlos el tipo por unos lectores que, en su papel, no están dispuestos a defendernos y que no pueden exigirnos nada por el mero hecho de comprar nuestras revistas cuando les interesa. O por unas empresas que sólo piensan en ganar dinero. Todo lo cual pone en evidencia que son muy pocos los que aceptan que el humorista ha de poder meterse con todo Dios. Poder criticar la izquierda, por ejemplo, que es muy criticable, sin que piensen que eres de derechas.

—Y como nos acosan por todos los lados, como no queremos hacer el juego político a nadie —dice Oscar— yo pienso en poder decir un día «que os den morcilla a todos», que yo planto esto y me voy al campo.

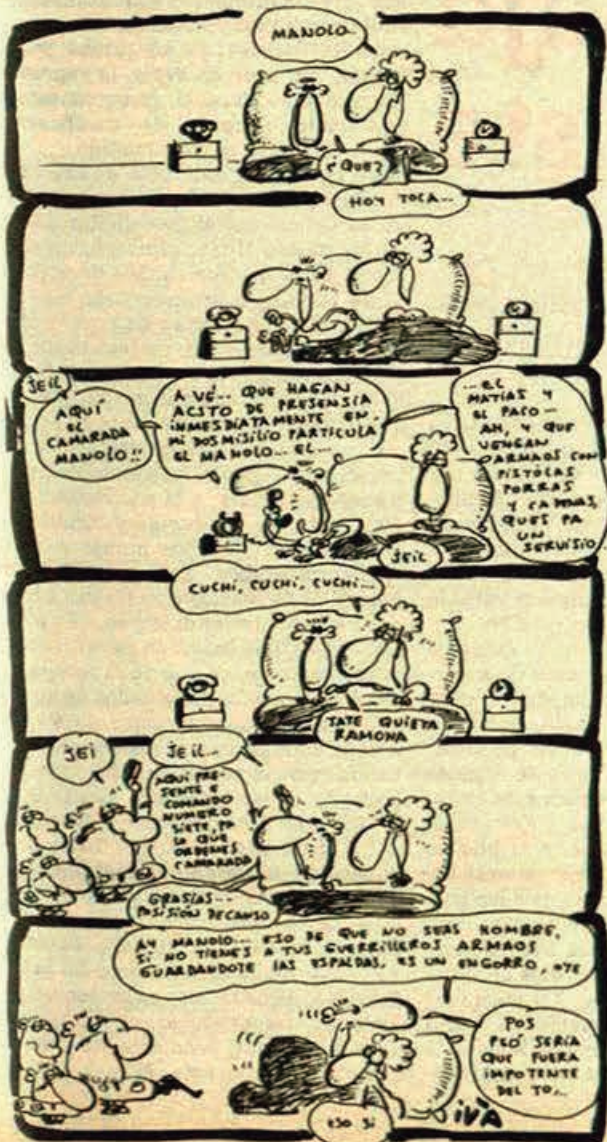
—¿Ningún humorista se salva de vuestra quema. Nadie es un pequeño filósofo —Sempé, por ejemplo— o un desinteresado. Nadie mantiene su mala uva cuando ha alcanzado un buen status social?

—Todos jugamos, sin excepción, a lo mismo. Todavía no hemos conocido al humorista que vaya pintando sus chistes por la calle o regale sus historietas.

—¿No hay en toda vuestra actitud el reflejo de una frustración, la de no haber sido buenos pintores?

—En absoluto. Yo no he intentado en mi vida coger un pincel —dice Oscar— y no me atrevo a hacerlo porque tengo sentido del arte y conozco mi capacidad creadora. A fin de cuentas, en el mundo del humor, el «monox», que puede tener su gracia, no es más que el complemento de la idea central, la excusa para presentar gráficamente una idea lúdica.

Terriblemente sinceros, Oscar e Ivà han arremetido contra el mundo del humor. Como ellos saben hacerlo. Con la misma capacidad con la que se ríen del muerto en un entierro. Por ejemplo. ■



Arriba, a la izquierda, Ivà (con gafas) y Oscar, en su estudio. Junto a estas líneas, una historieta de Ivà publicada en plena época de amenazas de los grupos de extrema derecha.